

## Identidades asesinas: una visión personal y aproximación al contexto educativo

José Oleaga Ballester

En el mundo globalizado en el que vivimos ha surgido una nueva identidad cosmopolita que muchas personas preferimos adoptar debido a las diversas experiencias internacionales que han adulterado nuestra propia identidad dejando de estar directamente relacionada a una zona geográfica o a una colectividad determinada. La sociedad contemporánea, que se presupone abierta de mentalidad, no acepta esta libre elección y pretende otorgar en todo momento una etiqueta a cada individuo para diferenciarlo del resto. Como bien dijo Unamuno, *“el nacionalismo es una enfermedad que se cura viajando”*, y cuando estoy fuera de España intento adoptar una identidad global pero el entorno me devuelve a la reducida identidad española que creo resulta más sencillo de comprender al situarme dentro de una colectividad.

Esta problemática ha llegado a los centros escolares a través de la inmigración y las familias multiculturales. Por tanto será importante que los profesionales de la educación estemos capacitados para tratar con cautela los diferentes sentimientos de identidad que encontraremos en el alumnado evitando así trastornos y crisis perjudiciales para un correcto desarrollo psicosocial. Ciertamente, dentro del ámbito educativo estamos en un periodo complicado en relación al tratamiento que las identidades deben tener. Opino que no se deberían dar directrices generalistas ya que cada alumno merecería un estudio individualizado. Por ejemplo, se puede crear una crisis a un alumno nuevo que llega a un colegio y el profesor le presenta a sus compañeros por su nombre y simplemente añade que su familia es colombiana aunque él ha nacido en España; ello dará a los compañeros la posibilidad de situar al recién llegado en una parcela aparte. En este caso se muestra la necesidad de realizar estudios dentro de este campo tan delicado, aportando así al profesorado algo de claridad en nuestra obligación de aportar un crecimiento adecuado y un desarrollo global al alumno.

Voy a exponer el largo camino que me ha llevado a descubrir este nuevo reto del aula que parece no inquietar a las autoridades competentes y olvidan mencionarlo en las leyes educativas. Las experiencias que me dispongo a relatar han despertado en mí una preocupación por aportar un concepto de identidad sana a los alumnos.

Para presentar el tema, he escogido una cita de Amin Maalouf en el célebre libro que ha inspirado este escrito, *Identidades Asesinas*:

*“En suma, todos y cada uno de nosotros somos depositarios de dos herencias: una, “vertical”, nos viene de nuestros antepasados, de las tradiciones de nuestro pueblo, de nuestra comunidad religiosa; la otra, “horizontal”, es producto de nuestra época, de nuestros contemporáneos.”*

Debo comenzar indicando que mi familia paterna es originaria de Bilbao, mi madre es de Castellón y yo nací en Madrid pero nunca me ha importado expresar mis raíces familiares. Sin embargo, mi presentación en cada nuevo destino ha ido siempre acompañada de un término relativo a la identidad. Creo que vivimos en una sociedad que pretende manejarnos con más facilidad realizando una ordenación mental de cada individuo. Este hecho puede afectar en la adolescencia aún más porque es cuando empezamos a preguntarnos quiénes somos y de dónde venimos. El alumno será influenciado por sus padres, los compañeros y por supuesto los profesores que será vital no hablen de forma arbitraria.

Mi primer encuentro frente a esta problemática fue a los dieciséis años cuando me cambié de equipo de fútbol y fui a parar a un club madrileño de Ventas. Allí conocí a Yasmine, un marroquí que vivía desde niño en el barrio de Lavapiés y hablaba un perfecto árabe así como el castellano con su acento característico. Él se presentó como marroquí y siempre vi que estaba orgulloso de ello. Me impactó cuando empezó el *ramadán* y no bebía ni comía nada durante las horas de luz. Recuerdo que, en mi total ignorancia, veía su decisión como una necedad que, por querer afirmar su identidad árabe, podía afectar a su salud y rendimiento. Cabe destacar que la única referencia que tenía entonces de este tipo de tradiciones era la

de mis abuelos paternos que no comían carne los viernes. Pasado el tiempo, llegué a tal acercamiento con Yasmine que me permitió conocer la mentalidad de un chico marroquí de mi edad y comprobar que no habían casi diferencias entre nosotros. Así resuelvo que el presente y las circunstancias actuales de un individuo tienen un mayor peso en la identidad que toda la herencia recibida de sus antepasados.

Más tarde en la universidad, me concedieron una beca Erasmus y fui a estudiar a la Normandía francesa el cuarto curso de mi Licenciatura en Ciencias de la Actividad Física y del Deporte. A los 21 años me encontré en Ruán, ciudad donde quemaron a Juana de Arco, y por primera vez me disponía a vivir un año fuera de casa. Aunque al llegar yo hablaba muy poco francés, ello no me impidió ir a clase con regularidad y a medida que fui aprendiendo, fui haciendo amigos. El choque intercultural no fue tan grande como esperaba y me adapté perfectamente al estilo de vida francés que no difiere demasiado del español. Viví en una residencia donde conocí a dos personas que volvieron a hacerme reflexionar sobre las identidades y los sentimientos que éstas crean.

Conocí a Kabitine un día que encontré la llave de su habitación en el suelo con un llavero donde ponía el número de puerta. Le dejé una nota en la puerta y al rato apareció en mi cuarto un chico de mi estatura, piel negra, pelo muy corto rizado y una gran sonrisa con unos dientes extraordinariamente blancos. Con el poco francés que yo hablaba nos entendimos a la perfección y me lo agradeció enormemente. En aquel momento yo estaba convencido que el chico de piel negra que tenía en frente era



claramente africano pero él me explicó que su familia llegó a Francia de Senegal, no obstante sus padres y él son nacidos en la fría Normandía, por tanto franceses.

A Mehdi le conocí un poco más tarde jugando al ping-pong en la sala común de la residencia e igualmente creamos una complicidad muy pronto. También supuse erróneamente que era marroquí por su aspecto físico pero me dijo que venía de Burdeos. Ante mi cara de desconcierto añadió que tenía mucha familia en Marruecos e igualmente se confesó musulmán practicante. Creamos un grupo internacional y pasamos muchos días juntos. Llegó a tal grado nuestra amistad que ese mismo verano fuimos unos pocos a la casa de la familia de Mehdi en Marruecos y nos hizo un tour por todo el país. Volví a ver a Kabitine cuando él fue a estudiar a Rumanía, luego vino a mi casa una semana y el año pasado volví a Ruán a verle. Pienso que la buena relación entablada con ellos tiene su causa en la circunstancia común de que tanto ellos como yo se sentían en Francia un poco extranjeros ya que ninguno teníamos las típicas tradiciones galas de las cuáles bromeábamos. No se daba el caso que los franceses les excluyesen, sí no que ellos se sentían cómodos entre extranjeros. Aprendí a no juzgar por el aspecto físico y a saber aislar a cada persona entre una colectividad estereotipada.

Ese mismo año tuve la ocasión de asistir a una triste escena en la plaza de la Bastilla de París donde, al acabar un festival de música, llegó un grupo de encapuchados y empezaron a tirar botellas de cristal contra la policía sin importarles enfrentarse cara a cara con los antidisturbios. Al día siguiente leí en el periódico que llegaron de los suburbios parisinos, que eran jóvenes que no tienen nada que perder ya que muchos son menores de edad sin los papeles en regla. Congoleños, cameruneses, marfileños, nigerianos, malienses, argelinos, tunecinos... todos con un odio inmenso hacia la sociedad francesa a la cuál la culpabilizan de su marginación. Este suceso me permitió conocer las dificultades que pasan los inmigrantes y me hizo cuestionar los valores tan asentados de la sociedad del bienestar.

Otro día estando por la noche en Ruán, se paralizó el tráfico por otros jóvenes que cortaron la carretera principal con banderas y tambores de Argelia. Pasaron unas horas hasta que me dijeron que era debido a las celebraciones porque Argelia se había clasificado para el mundial de Fútbol. No podía entender cómo estando en Francia, había tanta gente celebrando este hecho con tanta emoción. Incluso los jóvenes que nunca habían pisado suelo argelino salieron a la calle a gritar por el país de sus padres y abuelos adoptándolo

como propio. Aquí se ilustra el poder que tiene la herencia en la identidad y el deseo por recordar nuestras raíces sea cual sea la situación.

Hace dos años estuve tres meses en Etiopía de voluntario formando a unos treinta chicos y chicas en la Educación Física. Antes del viaje, tenía miedo a lo desconocido pero sobretodo a la reacción de los etíopes ante la llegada del "hombre blanco" para formarles. Tras el lógico choque intercultural, pasé muy buenos momentos con todos ellos. Me trataron como a un amigo y me acogieron desde el primer día de una manera impecable, incluso fui un invitado de lujo en muchas de sus casas. Estuve trabajando en Adigrat, una ciudad del norte fronteriza con Eritrea. Pude percibir cierta tensión contra los habitantes del país vecino con el que llevan veinte años en guerra y muchos habían enterrado a algún familiar por este conflicto. De hecho, las montañas cercanas estaban minadas por los dos ejércitos. Por ello de vez en cuando metían a todos los perros de la ciudad en camiones, les soltaban en la cordillera fronteriza y todavía recuerdo con estupor cómo retumbaban las explosiones en el silencio de la noche.



En cuanto a su identidad, ellos afirmaban ser africanos ante todo y orgullosos de ser etíopes ya que, como les gustaba contar, fue el único país de todo el continente que no fue colonizado, venciendo incluso a las tropas de Musolini. Este hecho añadido a su enraizada tradición ortodoxa ha provocado que no se haya implantado en el país las convenciones en las horas del día, el calendario o el año en el que estamos. Me pareció muy interesante que en Etiopía las horas empezasen con el amanecer y se dan dos ciclos de doce horas

(una diurna y otra nocturna), siendo nuestras siete de la mañana, su una diurna. De todas maneras siempre me facilitaron amablemente la hora que yo entendía. Además su calendario es parecido al juliano impuesto por Julio Cesar en el 46 a.C., y sobrevivió al cambio que el Papa Gregorio XIII promovió en 1582 a nivel global para instaurar el calendario gregoriano, ya que en Etiopía no hubo nunca colonos para modificarlo. Por lo tanto conservan doce meses de treinta días con nombres muy dispares y un treceavo de cinco o seis días. Su año nuevo es el 11 de Septiembre. Otro hecho que supone un quebradero de cabeza para los extranjeros que allí viajamos es el año porque hay una diferencia de ocho años con respecto al que comenzó en Europa con el nacimiento de Cristo. El año 2013 es 2005 allí. No se sabe muy bien la razón aunque me dijeron entre bromas que la persona encargada de anunciar en Abisinia el nacimiento de Jesús se perdió y tardó ocho años en llegar. Así pues, en el momento de aterrizar en Addis Abeba retrocedí en el tiempo ocho años. Estas diferencias encontradas suponen otra muestra de las múltiples tradiciones atadas a la identidad de un pueblo y el deseo de conservarlas.

El último verano estuve tres meses en Burundi (tercer país más pobre del mundo) también trabajando con jóvenes y me encontré con un problema identitario más complejo ya que hace sólo quince años se produjo allí un genocidio étnico de los Hutus contra los Tutsis. Antes de viajar ya se me advirtió no mencionar la guerra ni preguntar por la etnia de cada uno. Una vez allí pude constatar que el conflicto está oculto pero no resuelto, no se habla de ello pero pude percibir ciertas tensiones y está claro que un tema tabú no se puede considerar arreglado. Además, este pequeño país de la región de los grandes lagos fue colonizado por Bélgica y todavía la población de Burundi está resentida porque el país belga no les ayudó a desarrollarse; me dijeron que los británicos sí ayudaron a Kenia a avanzar con dinero e infraestructuras. Por este hecho parece que Burundi va a tomar el mismo camino que hizo Ruanda hace tres años cuando eliminó totalmente el francés (lengua hablada por los colonos belgas) de su sistema educativo y de la administración para ser sustituido por el inglés, todo promovido para eliminar los lazos con Bruselas. Lo que deja de manifiesto el



importante papel que tiene un idioma en la formación de la identidad de una comunidad. Por lo que a mí se refiere, debo señalar que el trato personal prestado fue inmejorable en todos los aspectos, hice buenas amistades y no viví allí ni un solo mal momento.

El curso pasado tuve la oportunidad de trabajar en la isla de Martinica, situada en las Antillas Menores del Caribe y bajo soberanía francesa. Desde el día que llegué me acogieron de manera óptima y me asignaron la etiqueta de “el español”. Estuve jugando en la liga de balonmano y la inclusión en el equipo fue total desde el primer día. Además con mis alumnos



pude hacer debates muy productivos que servían para practicar su manejo del español. Descubrí que habían olvidado completamente sus raíces africanas y comprobé tristemente que muchos de ellos ignoran lo sucedido en la época de la esclavitud. Ellos son franceses, ven la televisión francesa y escuchan la música francesa. Algo que me chocó fue que en 1848, año de la abolición de la esclavitud en Martinica, se dio el curioso caso de que el gobierno francés recompensó a los terratenientes por la pérdida de sus esclavos, entregándoles más tierras y la

administración de la isla. En la actualidad, los descendientes de estas familias esclavistas continúan en posesión de la riqueza y viven en villas junto al mar sin relacionarse con el resto de los martiniqueses. Tienen sus propios colegios privados, hoteles y supermercados. Son llamados “Békés” y se dice que sólo se casan entre ellos para conservar todas las pertenencias intactas. Este hecho me pareció un retroceso en mi percepción del mundo avanzado que había descubierto hasta el momento y ante mi perplejidad los isleños vivían con ello sin considerarlo para nada clasista. He de decir que sólo obtuve la versión de los antillanos, pues no tuve la ocasión de hablar con un “béké”.

No escuché ni una vez el deseo de una posible independencia de la isla y nadie estaba a favor de ella. Tras viajar a Santa Lucía y Dominica, situadas justo al lado de Martinica, pude observar la diferencia de medios e infraestructuras de las que dispone este territorio francés debido a los fondos FEDER (Fondo Europeo de Desarrollo Regional) de la Unión Europea. Creo que este punto añadido a su profunda identidad francesa hace que nadie se interese en la autodeterminación. No obstante, algunos escritores martiniqueses como Aimé Césaire insistían en sus diferencias respecto a la identidad francesa e incluso de esta isla salió Frantz Fanon, considerado el Che Guevara francófono, que fue a luchar por la liberación de Argelia de las manos francesas siguiendo sus ideales anticoloniales.

Recuerdo una vez que cree en clase una discusión sobre la posibilidad de llevar el velo islámico al instituto o no. Ante mi perplejidad, todos los alumnos estaban unánimemente en contra de ello y defendían con ardor el estado laico que la república francesa promueve. Este mismo debate hecho en Etiopía por ejemplo hubiese sido muy diferente donde se hubiesen repartido las opiniones entre el respeto de los símbolos religiosos y la prohibición de enseñarlos. Aquel día aprendí que la identidad francesa está totalmente asentada en una isla del Caribe situada a 7000 kilómetros de la metrópolis.

Aprovechando las vacaciones de Navidad, fuimos a Barbados un grupo de diez profesores en Martinica y cada uno tenía su historia personal así como su propia identidad muy marcada y diferenciada del resto. Este grupo me aportó conocimientos y diferentes puntos de vista de entender la realidad. Estaba formado por tres australianos, dos estadounidenses, una canadiense, dos ingleses, una esrilanquesa y un español. Todos anglófonos excepto yo. En un principio tuve miedo de sentirme un extraño entre una colectividad idiomática diferente pero éste se disipó nada más llegar al comprobar lo mucho en común que teníamos, posiblemente debido a que ninguno pasábamos de los veinticuatro años. Alquilamos una casa y una furgoneta con la que



recorrimos toda isla, conduciendo por la izquierda. El día de nochevieja a las seis de la tarde en Barbados (doce de la noche en España) les obligué a todos a tomar las doce uvas al ritmo de una cuchara golpeando una copa. A ellos les pareció una sandez pero para mí este ritual tenía una importancia especial arraigado a mis tradiciones que forman buena parte de la identidad.



También durante ese año de trabajo en el Caribe, fui al carnaval de Trinidad y Tobago donde me acogieron dos familias encantadoras a las cuáles contacté por internet con antelación para que me permitieran dormir en sus casas sin coste alguno. Allí conocí otro misterio más de la identidad ya que en la isla hay dos grupos claramente diferenciados y estereotipados que pocas veces tienen relación entre ellos pero, por lo que observé, viven en armonía. Estos grupos son los llamados “negros africanos” y los “hindúes” repartidos en mitad y mitad. La casualidad hizo que al principio de la semana estuviese con una familia descendiente de africanos y luego con un chico de origen hindú. Ambos afirmaban ser de Trinidad y admitían su grupo de origen aunque ninguno había estado jamás ni en África ni en la India. En una conversación con unos jóvenes de la isla pude descubrir que no conocían nada del comercio de esclavos, ni siquiera sabían la razón de que su lengua fuese el inglés. Sin embargo, todos consideran la Gran Bretaña como el ejemplo a seguir, ven la BBC, les encanta el Cricket y forman parte del Commonwealth por lo que la Reina Isabel II es también su reina. Me pareció como si hubiesen olvidado intencionadamente el pasado oscuro para quedarse sólo con lo bueno. Esta vez, no se trataba de un estado común, como Martinica y Francia, pero percibí una cierta nostalgia en los habitantes de Trinidad por los tiempos bajo mando del Imperio británico. Ello me indujo a reflexionar sobre la diferente actuación del Imperio español, del que se conserva en Latinoamérica poco más que su lengua y algo de rencor. Como dice Maalouf, la identidad de una persona está en constante evolución y, si bien el pasado tiene mucha fuerza, el presente juega el papel más importante. Según lo visto, parece ser que los ingleses dejaron una buena herencia en sus colonias y tras su independencia han sabido tratarlas acertadamente conservando aquellos rasgos de identidad que les unen.

Después de relatar estos viajes y experiencias, insisto en que los docentes en España o en cualquier parte del mundo deben recibir una formación adecuada sobre la identidad del alumno ya que un trato equivocado puede trastocar la correcta evolución de este sentimiento arraigado tanto a la familia como a las circunstancias personales. He tenido la suerte de no haber vivido en primera persona la violencia que invade el planeta por defender una identidad, desde el Apartheid de Sudáfrica hasta el conflicto Palestino-Israelí. Se podría decir que son provocadas por una horrible visión de la identidad colectiva al sentirse atacada por otra. Pienso que los profesores de los centros educativos tenemos la obligación de promover en el aula una visión sana de la identidad y discriminar todo gesto de violencia. Si bien existe una peligrosidad de desencadenar altercados cuando no se trate con cautela, deberemos intervenir desde edades tempranas para conseguir hacer florecer el gran potencial identitario que todo alumno posee y lograremos una comunión intercultural que aportará riqueza al desarrollo psicosocial de toda la clase aceptando al compañero tal y como él quiera ser.

Debemos recordar que el tutor puede lastimar una identidad de un alumno. Por esta razón, antes de etiquetarlo y encerrarlo en una jaula de difícil salida sería conveniente indagar cómo se siente, sin atribuirle la pertenencia a ningún colectivo que no sea acorde a sus emociones.

Querría concluir con otra cita de Amin Maalouf, la cuál resume perfectamente ese sentimiento de pertenencia global cada vez más extendido y que muy pronto veremos en todas las aulas de colegios e institutos.

*“En realidad, si afirmamos con tanta pasión nuestras diferencias es precisamente porque somos cada vez menos diferentes. Porque, a pesar de nuestros conflictos, de nuestros seculares enfrentamientos, cada día que pasa se reducen un poco más nuestras diferencias y aumentan un poco más nuestras similitudes.”*